LOS CHANCHIN

POR CONSTANCIO C. VIGIL



EDITORIAL ATLANTIDA S.A.





Obras de Constancio C. Vigil

El Erial. — 24ª edición en castellano.

Las Enseñanzas de Jesús. — 3ª edición ilustrada.

Reflexiones Cristianas. — 2ª edición.

Las Verdades Ocultas. — 4ª edición.

La Educación del Hijo. — 7ª edición.

Amar es Vivir. — 6ª edición.

Vidas que Pasan. — 4ª edición ilustrada.

El Hombre y los Animales. — 3ª edición.

El Maíz, Fabuloso Tesoro. — 3ª edición ilustrada.

Alma Nueva. — Lecturas adecuadas para la niñez y la juventud. 10ª edición.

Marta y Jorge. — 21ª edición.

Vida Espiritual. — Es un manual para la dignificación del niño, dividido en 5 tomitos independientes entre sí, del cual se agotan continuamente copiosas ediciones.

Cartas a Gente Menuda. — Conjunto de cartas muy breves, con bellas ilustraciones en colores, que los niños leerán con encanto y provecho positivo.

Diario de un Niño. — Pone a los que llegan a la vida en el camino de la felicidad.

Mangocho. — Relato de la vida infantil del autor, quien se identifica con los demás niños. 11ª edición.

Compañero. — Lecturas para niños de 8 a 10 años. 11ª edición.

La Escuela de la Señorita Susana. — Primer libro de lectura. 12ª edición.

¡Upa! — Libro con método original del autor para aprender a leer. 19ª edición.

Cuentos

Son veintidós cuentos de Constancio C. Vigil editados como el presente en otros tantos volúmenes, cuya lista completa se halla en la contratapa de este libro.

Colección Mariposa. — Para los más chicos, con grandes láminas en colores.

LOS CHANCHIN

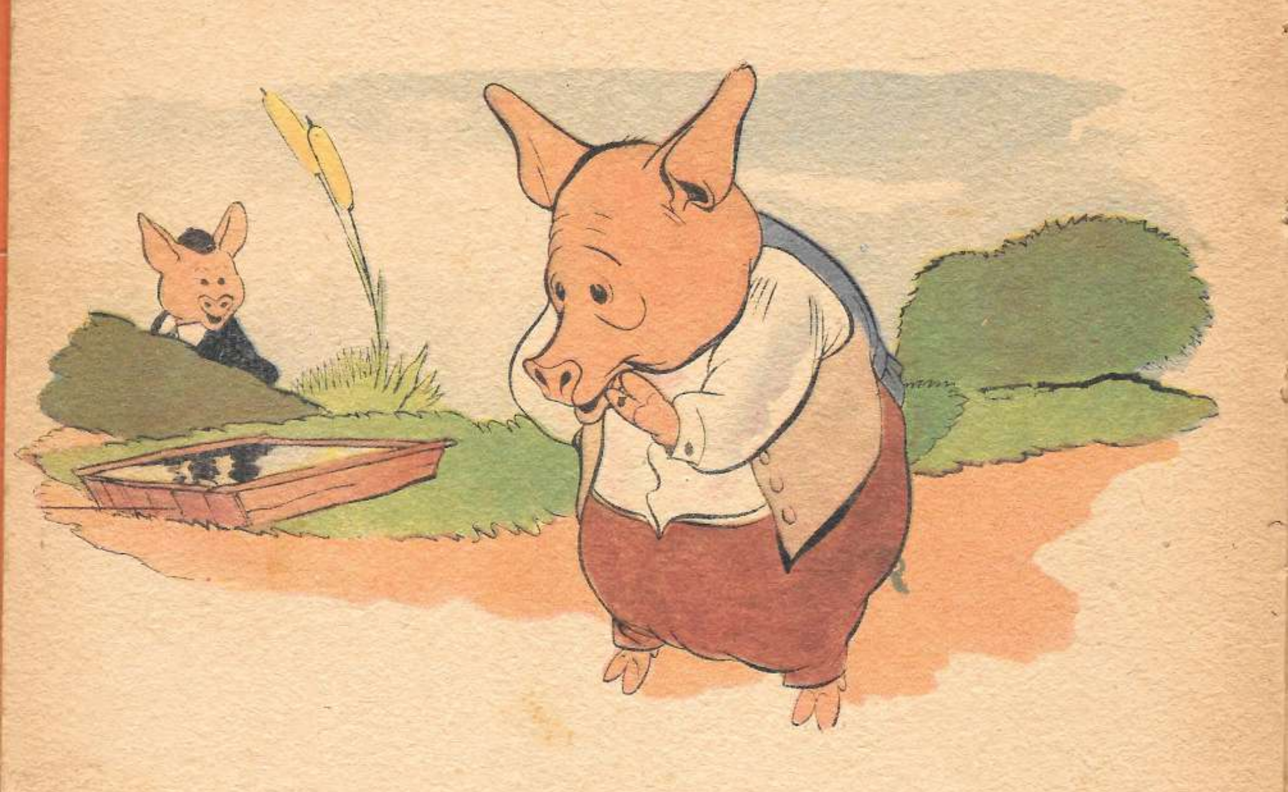
POR

CONSTANCIO C. VIGIL

6ª Edición de 50.000 ejemplares

EDITORIAL ATLANTIDA
BUENOS AIRES

Ilustraciones de Federico Ribas.



ESTA SEXTA EDICIÓN DE

LOS CHANCHÍN

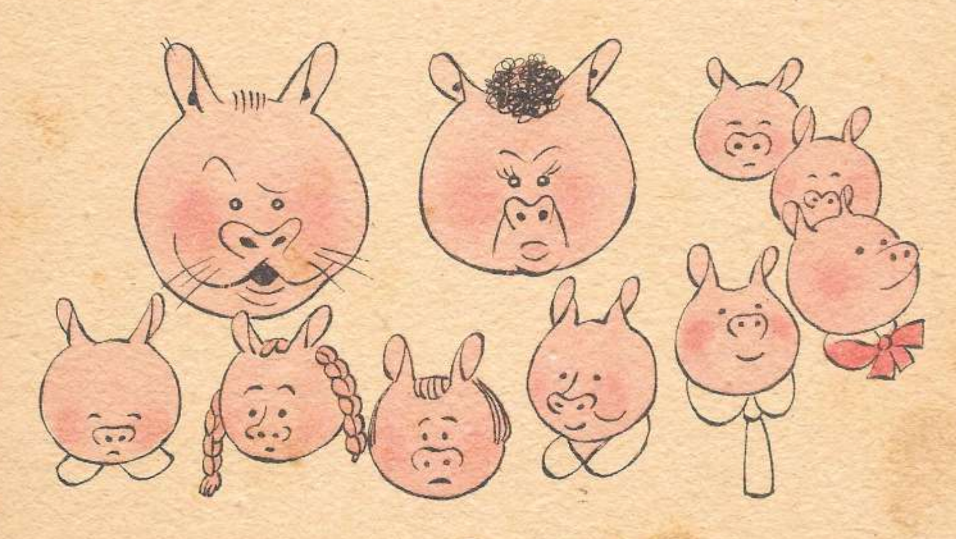
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL ATLÁNTIDA EN DICIEMBRE DE 1954.

LOS CHANCHIN

Al abrirse la puerta del chiquero, por haber quedado cerrada en falso, la familia Chanchín sale y se aleja, con el marrano padre como guía. Caminan y caminan chanchos y chanchitos, y cuanto más avanzan, más los atormentan el hambre y la sed, lo que expresan con un concierto de gruñidos.

Termina ya la tarde, cuando se detienen ante una corriente de agua, entre espesa arboleda.

—Dijeron que tenían sed — exclama el chancho padre; — pues ya lo ven, no necesitamos que nos traigan agua. Aquí la tenemos en abundancia: podemos beber y, además, bañarnos, si se nos antojara, que no se nos antojará.



Beben, pero el hambre es tremenda y no tienen qué comer.

—¡Viene la noche! — gruñe la madre con melancolía, pensando en el maíz de la batea.

El señor Chanchín, para que olviden la batea, dice:

—Deben saber ustedes que nuestros abuelos no eran llamados chanchos, cerdos, puercos, marranos ni cochinos. Todo esto les dicen a las personas sucias y groseras, y para deshonrarnos y justificar el crimen de matarnos, así nos llaman al presente. Nuestros abuelos se llamaban jabalíes. Vivían como ahora vamos a vivir nosotros, en plena naturaleza y en la más absoluta libertad. Iban adonde deseaban, comían a reventar y morían de vejez. No existía entonces la oprobiosa costumbre de convertirnos en salchichas y jamones.

Al oír estas palabras los chanchitos gritan:

—¡La comida! ¡Queremos la comida!





—Tengan paciencia — exclama alarmado el padre — que nada nos faltará.

—Hazles algún cuento lindo — dice la madre — para entretenerlos hasta que se duerman.

—Gran idea — responde Chanchín. — Les contaría uno precioso si se estuvieran quietitos.

—¡Sí, papá, cuéntanos! — piden los pequeños.

—Pues escuchen. Este es el cuento de "El Cazador Castigado": Una vez los jabalíes recibieron de sus exploradores la noticia de una plantación de maíz cargada de mazorcas. En seguida se pusieron en marcha para comérselas todas. Con el jefe adelante, atravesaban un bosque cuando de pronto, un cazador oculto, después de pasar el grueso de la manada, disparó su arma e hirió a un jabalí muy joven, que iba rezagado. De

inmediato se detuvo la manada, volvió atrás y vieron al jabato acostado en el suelo, olieron la sangre que manaba de la herida y gruñeron con tal furia que los árboles y la tierra temblaban como en un terremoto. Entonces, ordenó el jefe el castigo del culpable, el cual, aterrorizado, se subió a un árbol. Todos los jabalíes, desde los más pequeños hasta los más viejos, empezaron a dar vueltas alrededor de aquel árbol y a levantar la tierra con el hocico. Y giraron y hozaron cada vez más irritados, hasta que aparecieron las raíces, hasta que el árbol comenzó a tambalearse, ¡hasta que el árbol entero se desplomó en el suelo con el cazador entre sus ramas! Y el cazador, armado todavía, se arrodilló humildemente y dijo:

»—¡Seamos buenos amigos! Os prometo diez bolsas de cebada, veinte de granos de trigo y treinta bien repletas de avellanas peladas.

—El jefe de la manada respondió:



»—No te preocupes de nuestra comida. Preferimos la que tenemos por delante.

—Al poco rato, no quedaban del imprudente cazador nada más, pero nada más que los zapatos. Ved, hijos míos — terminó diciendo Chanchín emocionado, — ¡cuán poderosos éramos en aquellos tiempos! ¡Cuán al revés andan las cosas ahora, que en un chischás nos convierten en embutidos!

Impresionados, los chanchitos quedan en silencio; pero a los pocos minutos vuelven a gruñir y a removerse, pues anochece y no encuentran en ningún lado la batea del chiquero, que imaginan colmada de maíz.

En eso están, cuando los sorprenden unos lejanos gritos que parecen salidos de la tierra, y dejan a todos en suspenso.



Los gritos son cada vez más recios, hasta que se entienden claramente:

—¡Hueeevooos!... ¡Hueevos freeescooøos!

Asombrados, los Chanchín no atinan más que a dar débiles gruñidos y a mirar hacia la obscuridad, sin explicarse quién da aquellas extrañas voces entre los árboles.

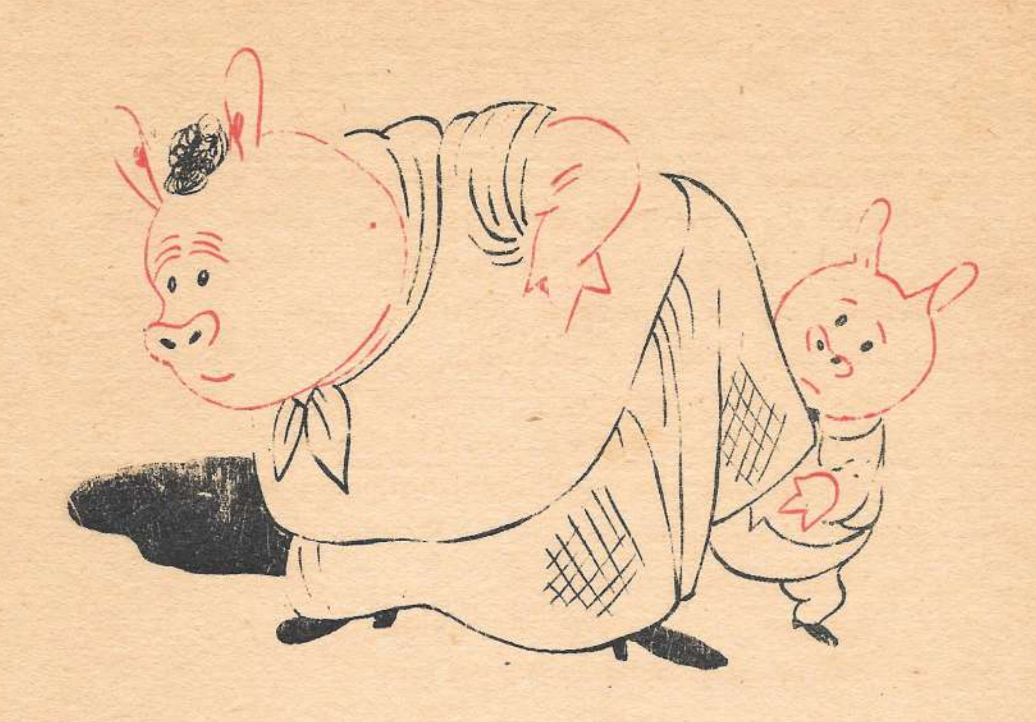
—Un vendedor ambulante que ofrece huevos — dice al cabo de un rato el señor Chanchín.

—¡Qué ricos en tortilla! — exclama la chancha madre. — Llámalo y pregúntale a qué precio los vende.

A fuerza de berridos y chillidos consiguen que el vendedor se aproxime. La sorpresa es enorme. Es un sapo grandote con una canastita colgada al hombro.

—¿Así que usted... claro... naturalmente... — dice la madre, — usted es el que gritaba huevos frescos?





—Sí, señora; es mi trabajo — responde el sapo con voz ronca. — ¿Cuántos quieren?

—¿Cuántos lleva? — pregunta el señor Chanchín, relamiéndose, mientras los chanchitos hacen sonar los dientes.

—Cuatro docenas, y no se las puedo dar a menos de diez moscones vivos la docena.

—¡Diez moscones! — exclama la señora de Chanchín. — ¡Vaya un precio!

—Tenga en cuenta, señora — dice el sapo, — que son huevos de hormiga, los más caros, los más difíciles de conseguir. Los de mariposa y de caracol de tierra los vendo más baratos. Los de caracol de agua, más baratos todavía, porque cuando los hay abundan mucho y se recogen fácilmente.

Grande es la desilusión de los porcinos al escuchar todo

esto, cuando ya barajaban en el aire sabrosísima tortilla, seguros de que el sapo vendía huevos de gallina.

Sacando de su tocino calma y valor, pregunta el señor Chanchín:

—Y diga, amigo, ¿por qué cobra tan caros los huevos de hormiga?

—Es que para conseguirlos — explica el sapo — tengo que esperar que un hormiguero cambie de nido, por algún motivo grave. Cuando esto ocurre, y es solamente de noche, empiezan a salir. Adelante, van las guías; luego vienen las hormigas cargadas. Unas llevan en la mandíbula un huevo; otras, una larva, que es muy blanca; otras, las provisiones que no conviene abandonar. A los costados de la fila marchan algunas que no llevan nada y que tienen la misión de vigilar y de proteger a todas.



—Muy interesante — dice la Chanchín. — ¡Nunca había imaginado la mudanza de un hormiguero! Y usted — pregunta después, — ¿cómo hace para recoger los huevos?

—Yo — responde el sapo — las dejo que desfilen y cuando pasa la que lleva un huevo se lo quito ligero, lo pongo en la canasta y vuelvo a quedarme quieto, para que la fila siga sin mayor alarma. Así, poquito a poco, uno por uno, voy juntando estos huevos que no puedo vender, como digo, a menos de diez moscones la docena.

—¡Hubiera yo sabido esto de los moscones! — exclama Chanchín. — ¡En el chiquero los teníamos a millares y no les dábamos ningún valor!

—¿Y vende también huevos de gallina? — pregunta la señora de Chanchín.



—De gallina no — contesta el sapo, — pero a veces llevo huevos de lagartija, que son grandes. Cada uno vale tanto como muchas docenas de huevos de caracol.

—Por esta vez no le compraremos nada — dice el señor Chanchín, — porque los huevos de hormiga no nos gustan; pero no faltará ocasión de hacerlo, y seremos buenos marchantes.

—¡Paciencia! — dice el sapo, y recomienza la marcha mientras grita:

—¡Hueeevooos! ¡Hueeevoos freeescooos!

Las voces se debilitan, mientras el vendedor desaparece entre la espesa arboleda.

Recobrada la tranquilidad, dice el señor Chanchín:

—Ya ven ustedes, que se afligen de balde, las ventajas de la vida en libertad. Vendedores ambulantes traerán las provisiones a nuestra casa.

—Si todos son como éste, ¡aviados estamos! — observa su compañera.

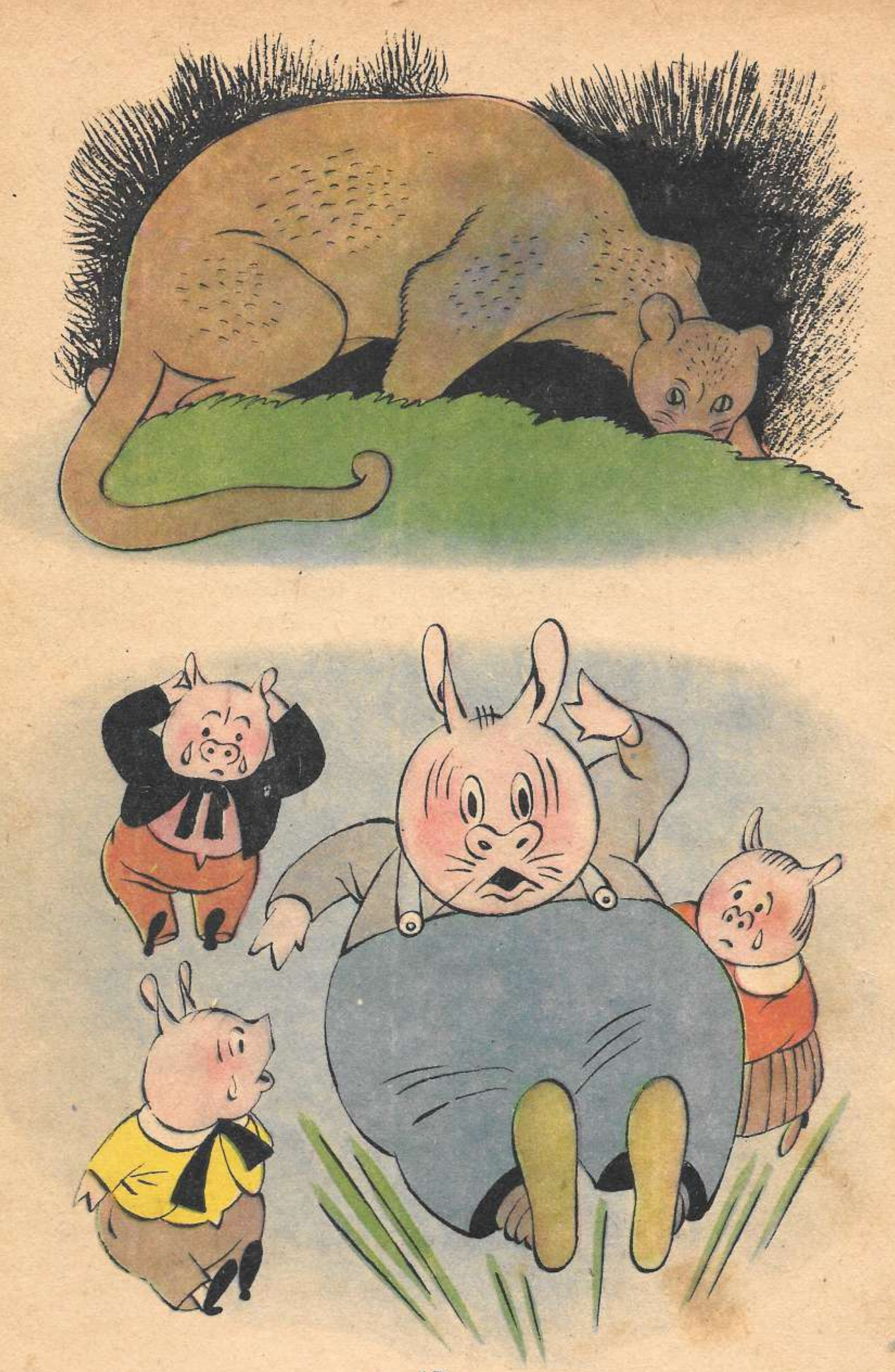
—Esta vez — replica él — la mercancía no era de nuestro gusto; pero ya pasarán otros vendedores con manjares apropiados y nos regodearemos hasta hincharnos.

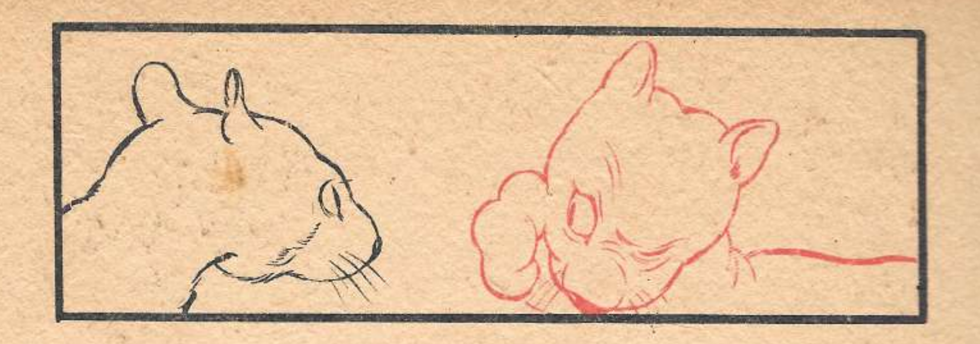
—Por lo pronto — dice ella, — ya es noche, no veo bocado, ¡y maldita la gracia que le encuentro a todo esto!

—¡Hambre! ¡Tenemos hambre! — berrean los chanchitos, buscando sin descanso la batea.

NADIE sabe cómo se las hubiese arreglado el señor Chanchín con los ocho chanchitos locos de hambre, si no oyeran en la oscuridad y en tan desesperada situación el imponente rugido de un puma.

El susto es tan terrible que el señor Chanchín sólo atina a buscar el modo de meterse bajo tierra. Tiene la suerte de dar con una gran cueva, y se mete dentro, y tras él entran la chan-





cha y los chanchitos, todos atemorizados hasta sonarles los dientes del temblor de las quijadas.

En el silencio de la noche escuchan las pisadas de un animal grande y luego las de otro animal que lo sigue.

Y oyen que uno dice:

—Yo creo que los pumas debiéramos imitar al primero de los animales.

—¿Al ñandú? — pregunta una voz más suave, que se adivina es de la compañera.

—¿El ñandú? ¿Quién te ha dicho que el ñandú es el primero?

—El primero para correr.

—Me refiero al primero entre todos.

—¡Ah!... El cóndor.

—¿Y quién te dijo que el cóndor es el primero?

—El primero para volar.





—¡Parece mentira que no comprendas! El primero, el principal, es el mono. Yo creo que lo mejor que podemos hacer es imitarlo, y así seremos también personas importantes.

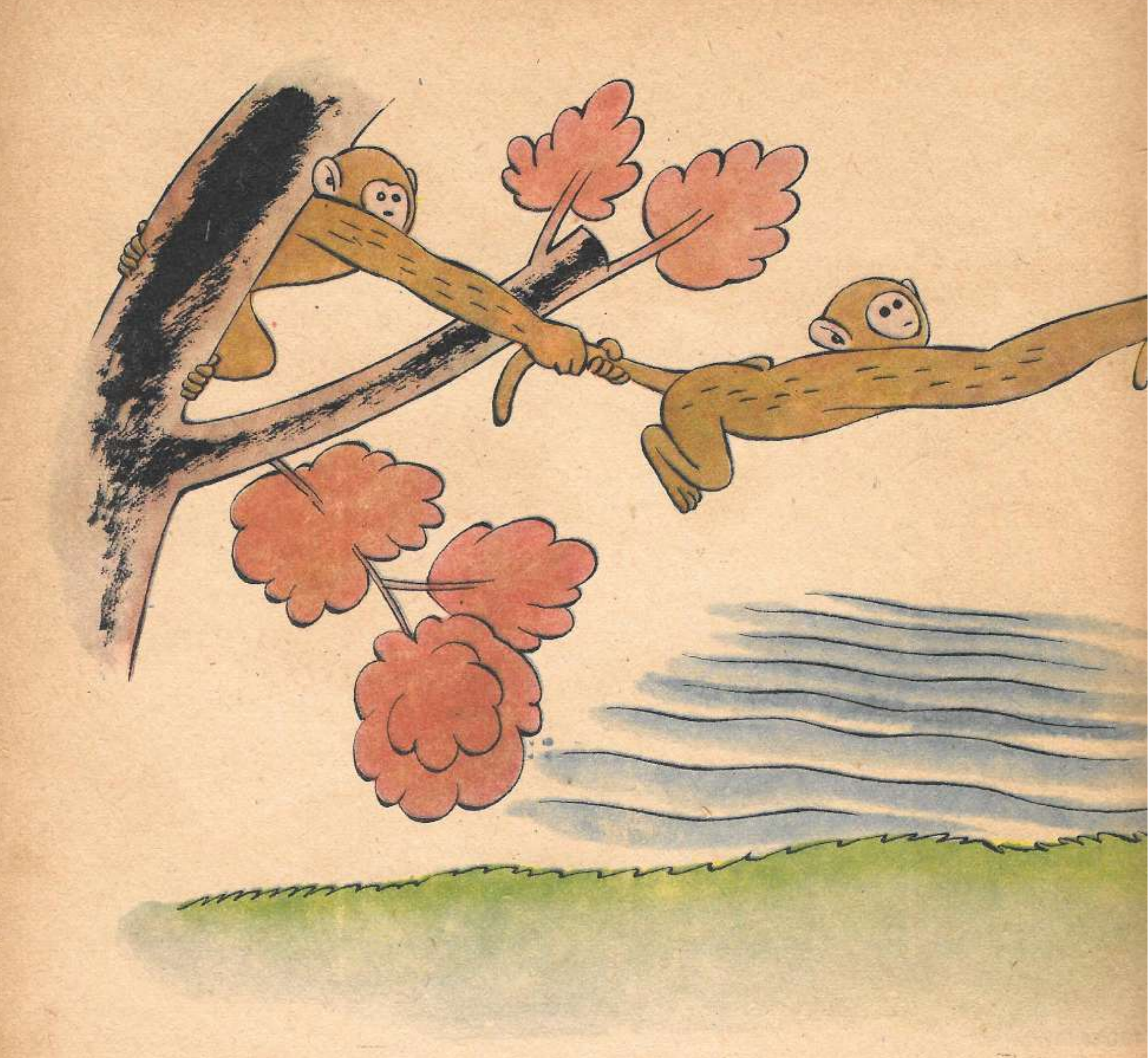
—¿Y para qué — dice ella — salirnos de nuestra condición y querer ser lo que no somos?

—Hay que vivir en los árboles y no andar por el suelo como los escarabajos. ¡Sube! — ordena él.

Suben y luego dice:

—Ahora, saltemos de rama en rama. Tírate al aire como yo y te agarras...

Oyen los Chanchín un tremendo golpe y así se enteran

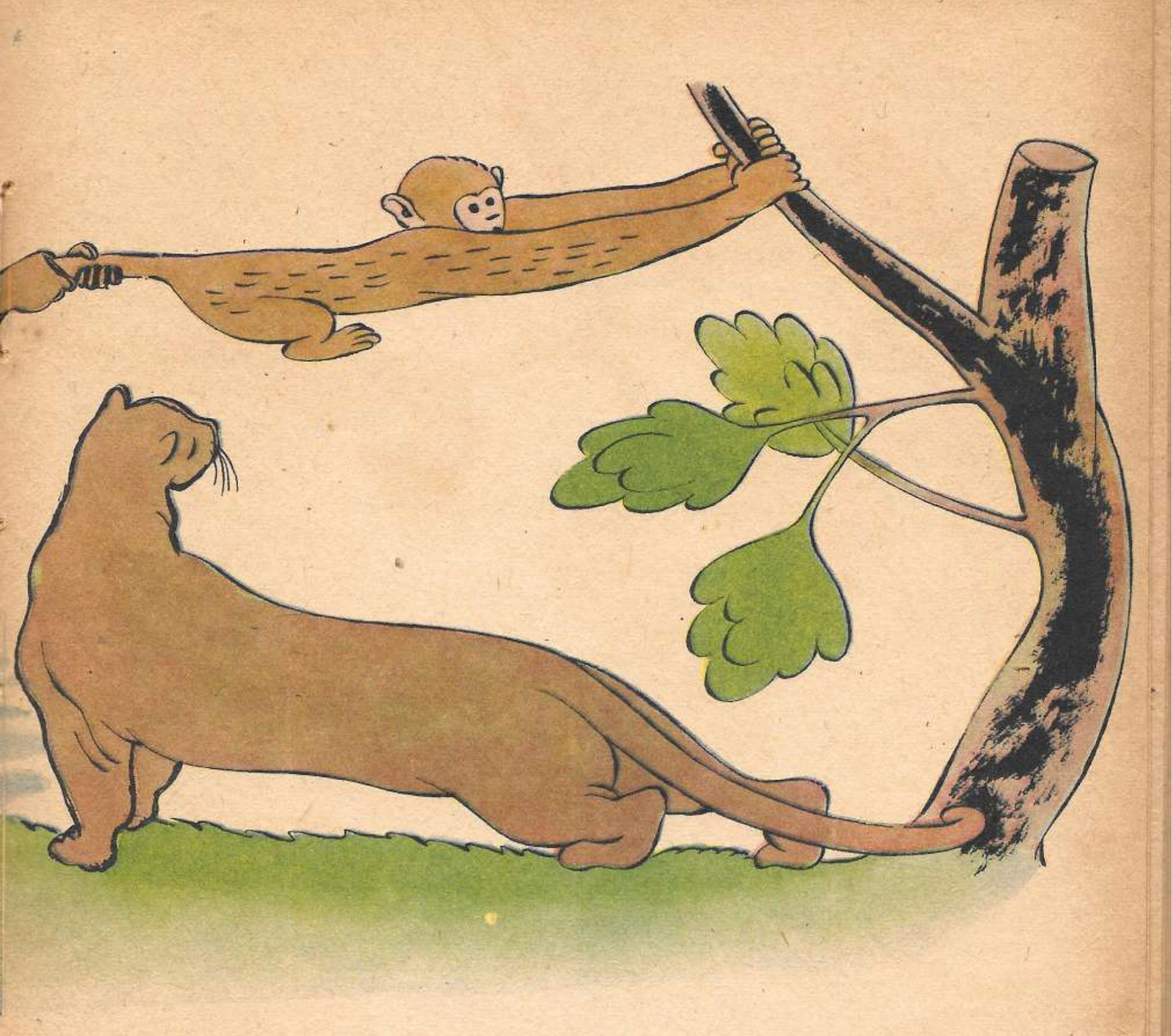


de que el puma ha caído. Estará casi deslomado, pues se queja mucho, pero así y todo grita:

—¡Tírate tú!... Sin ensayar no aprenderemos. ¡Tírate!

Pasa un momento, y oyen el ruido de otro gran porrazo y los quejidos de la puma.

—¡Vaya, vaya!, no te lamentes tanto — dice él fastidiado. — Es necesario tener un poco de paciencia. Ahora nos ha ido mal, porque es la primera vez, pero en cuanto nos acostumbremos, ¡ya verás!... ¿No has notado cómo pasan los monos de un árbol a otro, por el aire, tantas veces como quieren y sin caerse nunca?



—Es que los monos se agarran con las manos y a veces hasta con el rabo.

—También nosotros tenemos manos y rabo, y en poco tiempo lo haremos mejor aún. Comamos ahora — dice el puma. — Aquí hay, precisamente, un arbolito cargado de frutas. Deben ser riquísimas, porque a los monos les gustan mucho.

Oyen en seguida arcadas de asco.

—¡Yo no como esto! — dice ella. — ¡Prefiero morirme de hambre!

—Pero... ¡si son riquísimas! — afirma el puma. — La cuestión es habituarse.

Algo comieron, sin duda, porque poco después braman y se quejan de tremendos dolores de barriga.

—¡Me alegro! — dice la puma. — ¡Para que no seas tonto!... ¿No asegurabas que eran riquísimas?

—¿Acaso te digo ahora lo contrario?... Es verdad que por la falta de costumbre... ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!, digo que... ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

—¿A que no comes una frutita más? — pregunta la puma.

—Te doy palabra de que sí; pero mañana, ¿sabes?, porque... en seguida... ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

—¿Y qué haremos?... ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!..., ¿qué haremos?, ¡ay de mí!

—Subamos — dice él — a aquel árbol altísimo hasta la misma punta.

—Subirás tú.





—Si sube el mono, más débil y con tan poca fuerza, nosotros subiremos más aún.

—¿Por qué no nos conformamos con lo que somos y nos dejamos de novedades?

—Yo subiré, te lo aseguro, y después subirás tú.

—¡No subas más! ¡No subas más! — clama al rato la puma. — ¡Repara que esta vez el porrazo será como ninguno!

Se nota por los gritos que él sigue subiendo, resuelto a llegar hasta el extremo del elevado tronco.

De repente sucede algo espantoso. Sea por no asegurar bien una garra, mientras levantaba la otra, sea por la debilidad, o porque le volvieron los retortijones, ello fué que se oye un golpe tan recio que tiembla el suelo.

Pasa un rato en silencio. Suenan luego las narices de la



puma como si oliera al compañero y de pronto empieza a aullar tan lastimeramente cual si llorara.

Luego, al oír pisadas, la familia porcina se entera de que se va de aquel sitio.

Saca el señor Chanchín la cabeza, comprueba que el silencio es completo, salen todos y con los pelos erizados de terror se alejan del cuerpo del puma muerto.

TENEMOS hambre! ¡Queremos comer! — berrean los chanchitos.

—De día se come — dice el señor Chanchín — y de noche se duerme. Ya vieron ustedes qué riquísima agua hemos bebido.

—No te digo que no — observa la madre, — pero ahora necesitamos algo sólido. Una puede aguantarse, pero los chicos, acostumbrados a la batea llena antes de la noche...

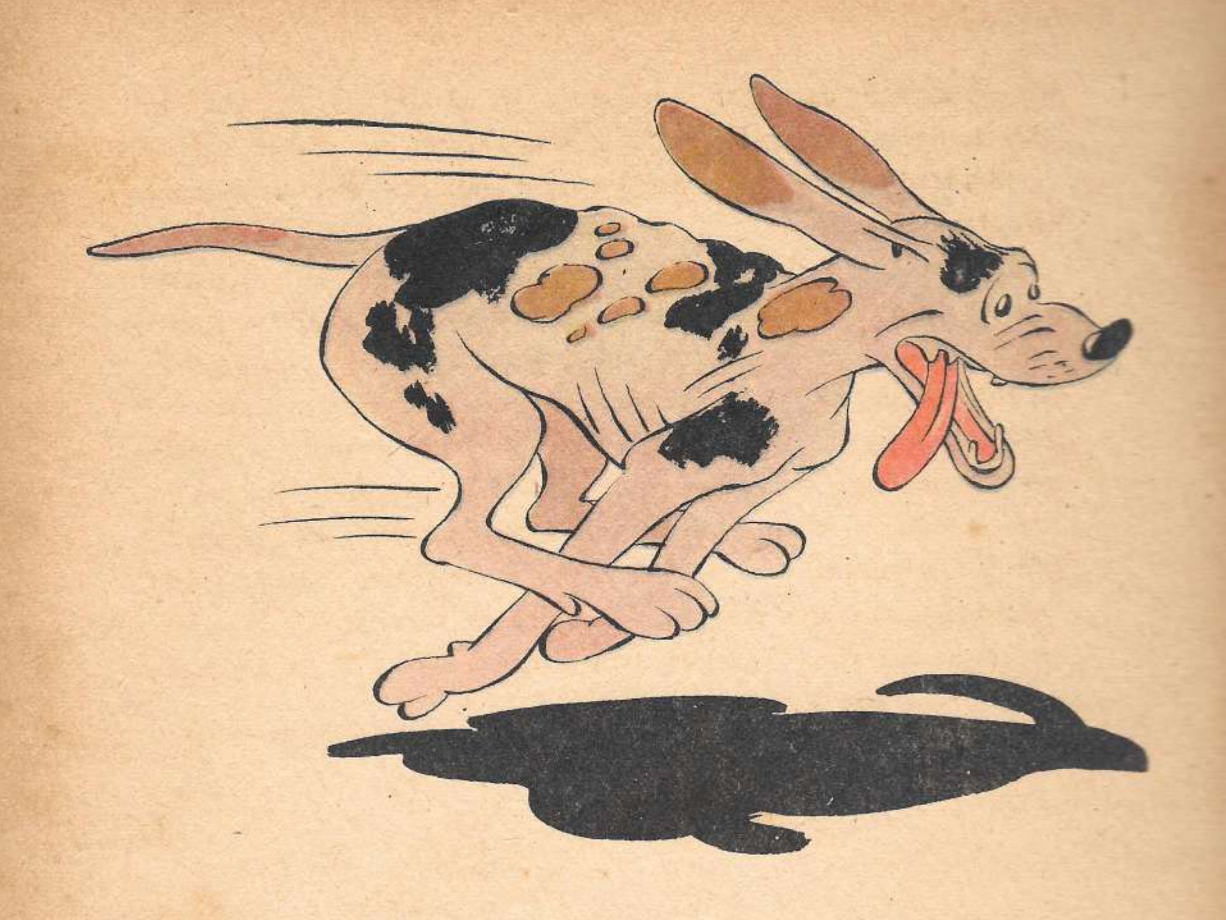
—Repito — grita él airado — que el día es para comer y la noche para dormir. ¡A la cama todo el mundo!

Ante esta orden, los chanchitos se echan y cierran los ojos, pero a los cinco minutos gruñen y andan como duendes de un lado para otro.

Quién sabe los mordiscos que habrían recibido del señor Chanchín, que gruñía más que todos de tan enojado que se había puesto al oírlos, si la casualidad no viene de nuevo a resolver aquella situación insostenible. Y la casualidad fué que se les acercaron dos conejos silvestres, muy sorprendidos de hallar aquellos cerdos a tales horas en medio de los árboles. Perfectamente seguros los Chanchín de quienes eran, los dejaron aproximarse.

Observa complacido el señor Chanchín que con la novedad los pequeños se han olvidado de su atroz apetito, y en voz baja le dice a la cochina madre:

—Procuremos que éstos se queden hasta el día, pues si los



chicos siguen alborotados, temo cometer con ellos una chanchada muy grande.

Y en voz alta exclama:

—¡Muy buenas noches, señores conejitos! ¡Nada temáis de nosotros, que somos gente pacífica, de la antigua familia de los jabalíes, que han vuelto a la vida libre!

—Bien sabemos quienes sois — contesta el conejo, — pues para algo poseemos narices.

—Nosotros sólo tenemos miedo de los perros — agrega la coneja. — Y me alegra haberlos hallado a ustedes y poder charlar un rato, porque casi nunca hablamos, ya que entre nosotros dos no nos decimos jota desde que nos pasó lo que sabemos.

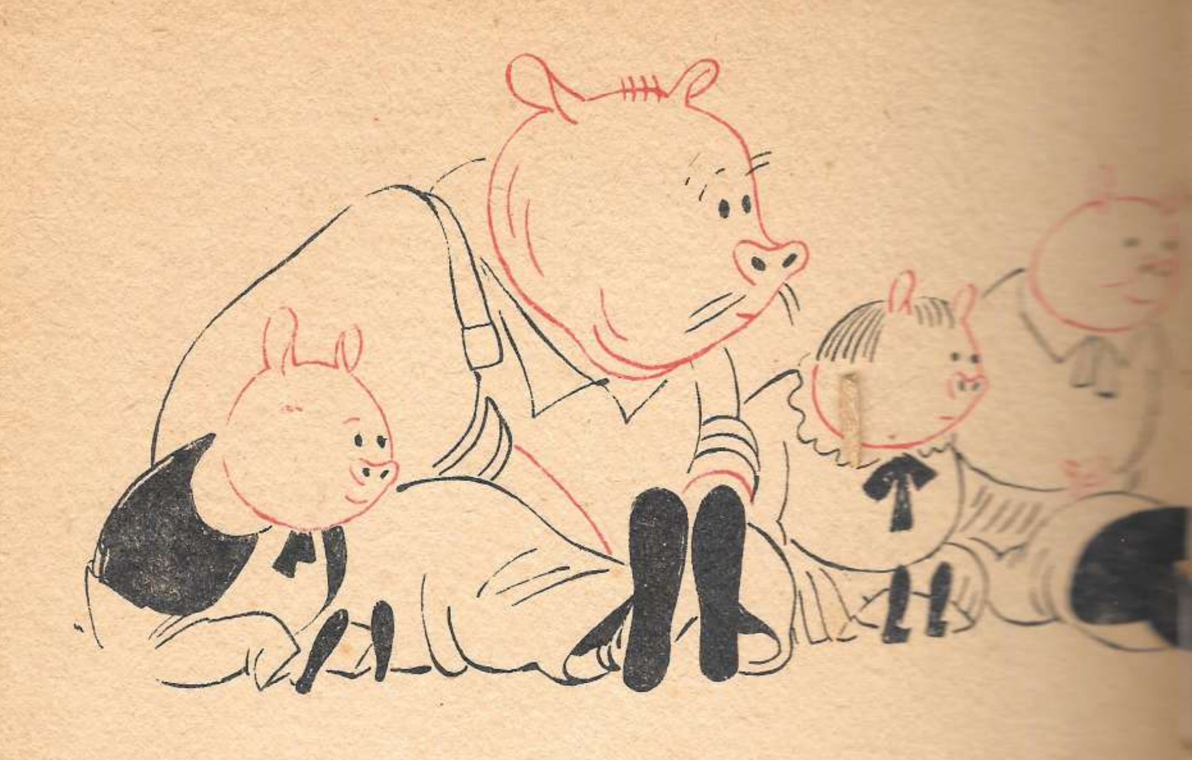
—¡Qué raro es eso! — dice el señor Chanchín y, al ver que

los chanchitos escuchan muy atentos, añade: — Cuenten lo que les pasó, cuéntennos todo, que nos darán un placer.

Rodeados los conejos por los diez cochinos, el conejo toma la palabra y dice:

--Aquel día de verano fué terrible. Los perros nos persiguieron y tuvimos que separarnos al grito de: ¡Sálvese quien pueda! En la grandiosa disparada y con un salto como no lo di en mi vida, caí en algún sitio oculto y allí me agazapé. Me estuve quieto hasta que se acabó el día y me dormí. A media noche tuve una espantosa pesadilla. Soñaba que varios perros me perseguían y sus ladridos me aterrorizaban. Me desperté, por fin, y resultó que los ladridos eran truenos, pues se había desencadenado una tormenta con lluvia torrencial. "No importa — me dije. — Aguardaré a que aclare y regresaré a mi casa". — Y me dormí nuevamente.





—Muy bien — afirma Chanchín. — La noche, como les digo a estas criaturas, es para dormir. ¿Ven ustedes lo que hacía de noche el señor conejo?

Y prosigue el del cuento:

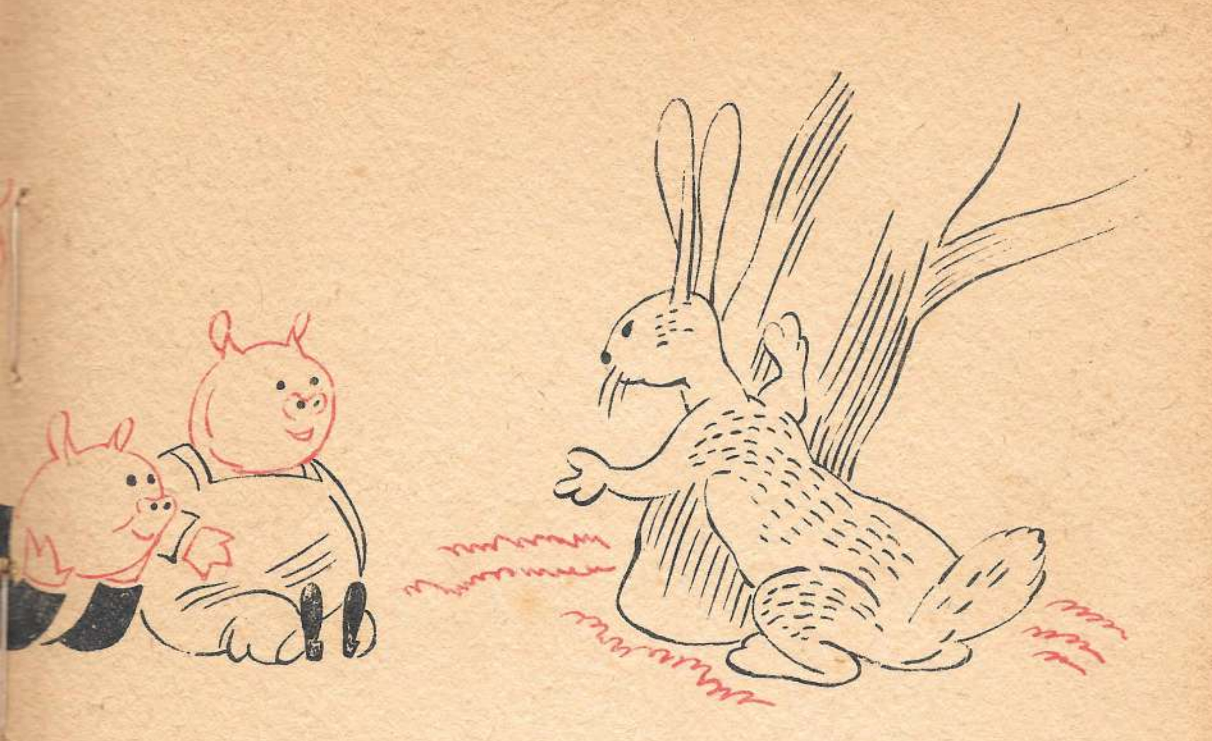
—Al aclarar, me desperté con hambre.

Al oír esto gruñen los chanchitos, pero el señor Chanchín interviene rápidamente:

—Dicen que les gusta mucho su relato. ¡Prosiga, señor conejo!

—Sentía mucha hambre — repite el conejo — y me dispuse a buscar un buen banquete por las inmediaciones; pero me quedé asombrado al verme completamente rodeado por las aguas y más asombrado aún al descubrir a mi compañera, también escondida allí.

»—¡Tú aquí!... ¿Cómo has venido? — exclamé al verla.



»—Lo mismo que tú... — me contestó. — Corriendo y volando.

»—¡Así que hemos pasado la noche juntos, sin saberlo!

»—Así es — me dijo. — En uno de aquellos saltos descomunales hemos caído en el mar. ¡Y moriremos ahogados! La desgracia nos persigue.

»—La desgracia, no; los perros.

—¿Verdad que te dije así?

—Exactamente — responde la coneja.

—Y ella me dijo:

»—¿Qué te parece si nadáramos hasta dar con tierra firme?

—Y yo le respondí:

»—¿No ves, bobita, que no hay en el mundo nada más que agua? Si perdemos este único refugio nos ahogaremos.

—Y ella dijo:



»—Pues yo recuerdo muy bien que mi abuelita... ¿Sabes?... Aquella con una oreja medio comida.

»—Sí, ya sé.

»—Aquella con una mancha en el lomo.

»—Sí, mujer; tu abuelita.

»—Aquella medio bizca de un ojo.

»—¡Te digo que ya sé a quien te refieres!

»—La misma que no comía nunca hinojo porque le habían dicho que era perejil, y comía perejil y no le hacía daño.

»—¡Bueno, bueno!... ¡Acaba de una vez! — exclamé fastidiado. — ¿Qué le pasó a tu abuelita?

»—Le pasó que la venía corriendo un perro, y se encontró ante una corriente de agua. En lugar de quedarse como tú, no tuvo miedo, saltó y se salvó.

»—¿Era muy ancha la corriente de agua?

»—¡Uuu!... ¡Enorme! ¿Y sabes cómo hizo? Encogió bien las patas, así... ¿ves?... dió un gran salto y cayó en seco.

—Comprendí que si la abuela se había salvado en esa forma, el agua no era sino un charquito insignificante, y exclamé:

»—¿Y por qué no haces tú ahora lo mismo?... ¡Salta, salta como tu abuela!

—¿Verdad que te dije así?



—Exactamente — asiente la coneja.

—Pero como no soy de mal corazón, y hubiera sido una barbaridad tal prueba, agregué un rato después al verla toda mohina:

»—Acércate, hija; acércate, queridita; no hagas caso de mis enojos, pues ya sabes que mi tío, aquel de la pata coja.

»—Sí, tu tío.

»—Aquel de las orejas blancas.

»—Ya sé; tu propio tío.

»—Aquel que se divertía saltando por encima de los otros conejos.

»—¡Basta, ya sé quién es!

»—El que cuando entraba en el huerto se limpiaba cincuenta y cuatro veces el hocico antes de empezar el banquete.

»—Por favor, ¡acaba de una vez!

»—Bien. Mi tío, como digo, también conoció a tu abuela, ¿sabes?..., aquella con una oreja medio podrida, aquella con una mancha de suciedad en el lomo.

»—Ya, ya — dijo mi compañera muriéndose de risa; — veo que no es ningún cuento y que lo dices para burlarte por lo que yo te dije antes.

—Y reímos de buena gana, completamente olvidados de la penosa situación en que nos hallábamos.

—Este cuento — dice la marrana al ver a los chanchitos entretenidos y quietos — es el más lindo y más divertido que escuché en toda mi vida.

—¡Es un cuento magnífico! — agrega Chanchín. — Continúe usted, señor conejo, y no ahorre palabras, que la noche da para todo.

—Las aguas — dice el conejo — no subieron más, pero tampoco bajaban. Llegó la oscuridad y nos dormimos. Al día siguiente empezó a decir mi compañera:

»—¡Huerta preciosa! ¡Huerta como ninguna!... ¡Dulcísimas zanahorias! ¡Frescas lechugas! ¡Tiernas y sabrosas coles!



—Al oírla, miraba yo a todas partes y no veía más que agua, y comprendí que el hambre le hacía decir locuras. Así pasaron aquellas penosas horas. De rato en rato, frotaba uno los dientes, y el otro lo miraba sorprendido de que comiera alguna cosa, pero no comía nada.

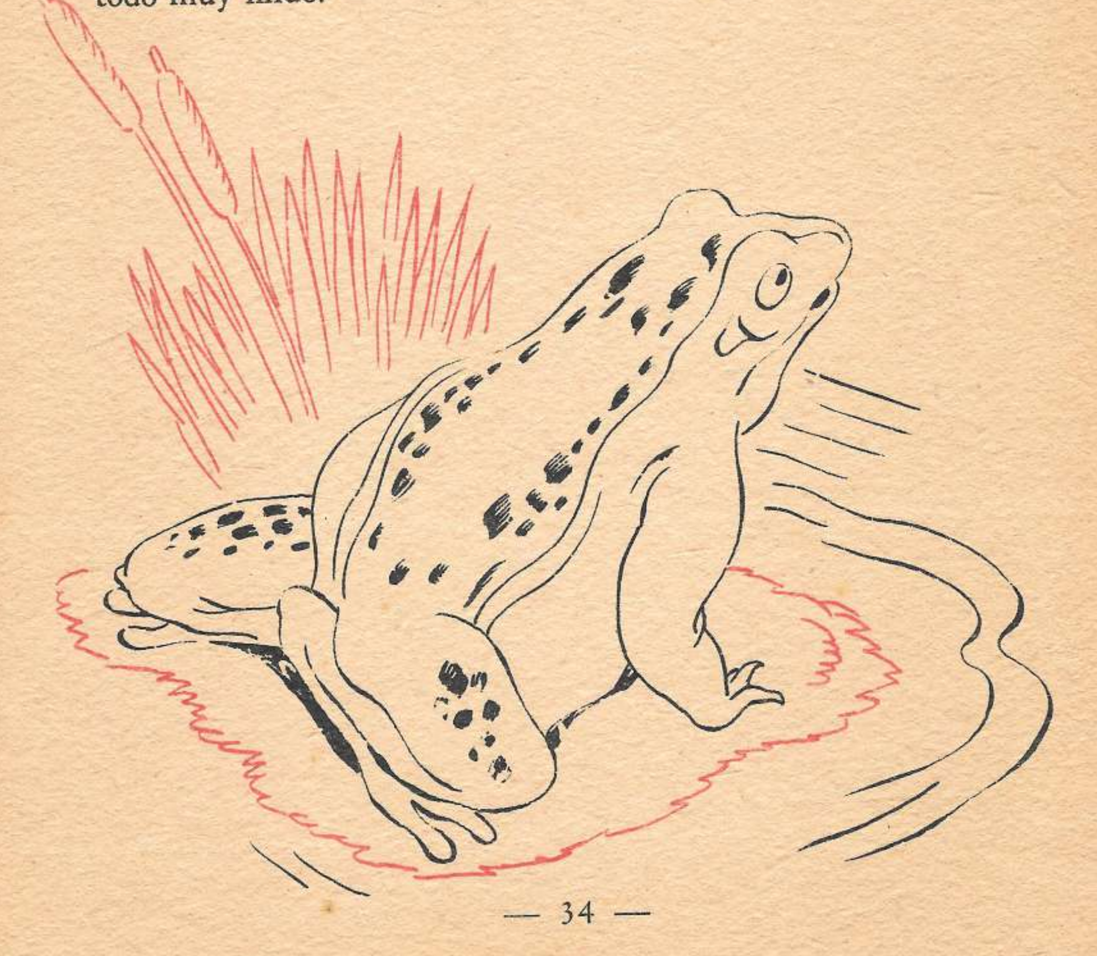
»—Tenemos orejas de sobra — decía mi compañera. — ¿Por qué no comerlas?

»—Eso es — le respondí. — Y después vendrán los perros y ni siquiera los oirás hasta que te hayan atrapado.

»—Por ahí anda alguien — exclamó ella.

»—Es una rana — dije. — Vamos a preguntarle si sabe cuándo bajarán las aguas — y le hablé así: — Dígame, señora rana: ¿sabe usted cuándo terminará esta calamitosa situación?

»—No sé a qué se refiere — respondió la rana. — Está todo muy lindo.





»—¡Muy lindo, y no hay en el mundo más que agua, y si nos movemos nos ahogamos!

—Al oír esto, la rana dijo: ¡Buen par de tontos!, y se fué. Después oímos un fuerte ruido y vimos una cosa muy grande que andaba por el aire.

»—Seguramente — dijo mi compañera — nos buscan para salvarnos. Enderézate en dos patas y hazle señas con una oreja, para que comprendan que estamos aquí.

»—Desvarías — le contesté. — Nadie se ocupa de nosotros... La debilidad te hace disparatar. Acurrúcate y duerme, que yo vigilaré.

—Y más afligidos cada vez, vimos desaparecer a lo lejos lo que producía tanto ruido. Por fin, las aguas comenzaron a descender y, poco a poco, pudimos contemplar tierra. Al tercer día hallamos unas matitas y las devoramos hasta las raíces. Al

cuarto día logramos comer mejor. Finalmente, volvimos a la madriguera, dándonos suaves mordiscos de emoción y de alegría.

»—Mira — dije riendo — si te comía las orejas, ¡qué linda hubieras quedado!

—¿Verdad que te dije así?

—¡Exactamente! — responde la coneja. — Pero cuenta, cuenta también que todos los días y a toda hora prometías vengarte de los perros y de las aguas, y golpeabas el suelo con las patas, repitiendo: "¡Ya me las pagarán los perros y las aguas! ¡Ya me las pagarán!" — Y como me burlaba de sus amenazas y cualquier frase lo enfadaba, quería morderme, hasta que al fin le dije:

»—Sólo una manera existe de que vivamos en paz.

»—¿Cuál es? — me preguntó.

—Y le respondí:

»—No hablar más; no decirnos nunca una palabra.

»—¡Conforme! — me dijo. — El hablar sólo nos ha servido para disgustos. Nos entenderemos mucho mejor callados.

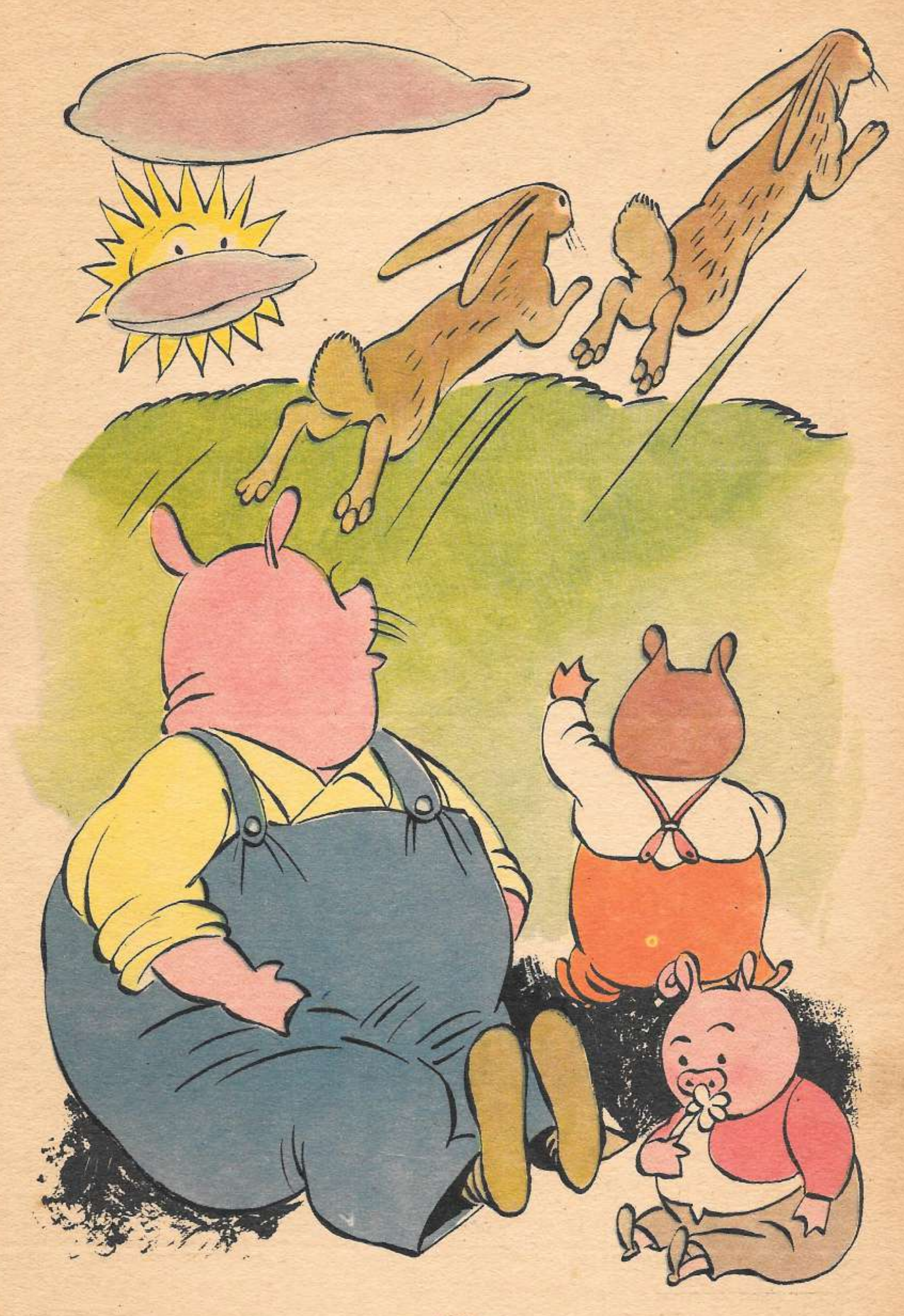
—Y al decir esto partimos muy alegres hacia un huerto donde había ricas lechugas. Desde aquel día esta es la primera vez que hablamos, y mientras estemos solos continuaremos mudos, y ahora mismo nos vamos porque tenemos ganas de comer y debemos llegar a la huerta antes que aclare, pues si así no lo hiciéramos...

—¡Basta, basta, por favor! — exclama el conejo. — ¡Adiós a todos!

—¡Adiós! — dice la coneja.

Y parten a la carrera.

MUY interesante lo que nos han contado — dice el señor Chanchín cuando quedan solos — y ojalá también ustedes se acostumbraran a vivir callados. ¡A dormir todos ahora, que pronto será de día!





Pero por más que se echan y cierran los ojos, sólo uno de los chanchitos se duerme y se despierta en seguida dando berridos. Ha soñado que, convertido en salchicha, se disponían a comerlo en ese mismo momento.

Se acerca, finalmente, la hora del amanecer. Y con las primeras luces de la aurora, lo primero que ven los Chanchín son los cuernos de un gran macho cabrío que está comiendo hierba al lado de ellos.

—Bum, bum, bum — es lo único que atina a decir el señor Chanchín, mientras el resto de la familia enmudece de sorpresa y de susto.



Cree el chivo que el chancho padre le da los buenos días, y responde:

—Bueno lo tengan ustedes. ¿Qué milagro, de paseo y tan temprano?

—Nada de paseo — aclara el señor Chanchín. — Hemos vuelto a la vida libre, hemos renunciado a la inmunda pocilga y a la pestilente comida en batea. Queremos ser lo que fuimos cuando éramos jabalíes, sin más ley que nuestro antojo y dueños y señores de nuestro tocino.

—Muy raro todo eso — observa el chivo, — pues siempre os vi encerrados. ¿Y qué tal la nueva vida?

La marrana madre dice:

—La primera noche ha sido brava, de mucha intranquilidad y fuertes emociones, tanto que nadie ha dormido.



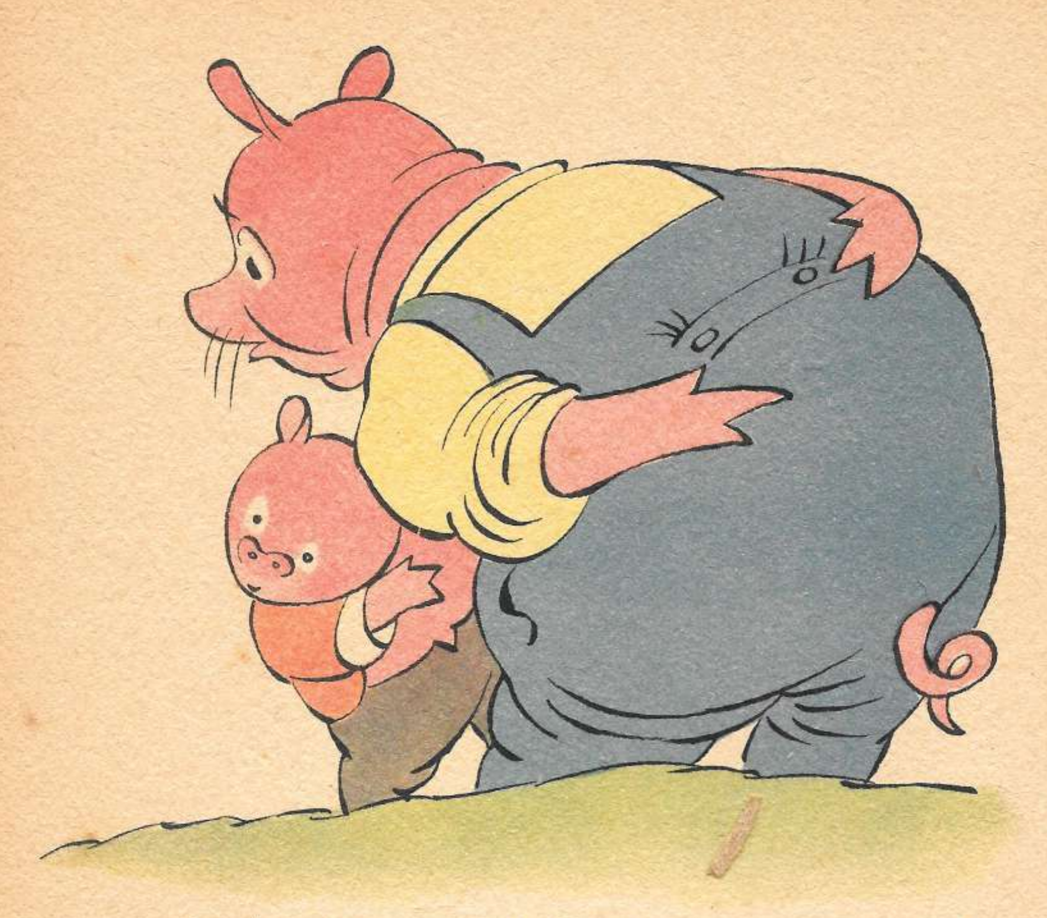
—Ya se sabe — dice el marrano padre — que en todas las cosas hay que pagar la chapetonada... — y para que no se hablara más de la noche de perros que habían pasado, pregunta: — ¿Y qué anda haciendo por estos sitios el señor chivo?

—Yo también — responde el chivo — ando escapado y de paseo.

—¡Ajá! — exclama el marrano. — Debía llegar este día, y voy viendo que ha llegado, en que todos los cautivos recuperásemos la libertad. ¿Lo tenían preso muy lejos de aquí?

—Yo nunca estuve preso. Vivo en un pueblo que se llama ¡Pumba!, donde hay centenares de cabras y cabritos y nos tratan muy bien. Sólo he salido para dar una vuelta.

—¡Ajá! — repite el marrano. — ¿Hay también cerdos allí?



—Los hay — responde el chivo; — pero no se atreverían a salir del chiquero, porque nosotros somos los encargados de impedirlo.

—¿Ustedes? — pregunta la marrana. — En mi vida oí que los chivos fuesen pastores.

—Los de ¡Pumba! lo somos y desempeñamos, además, muchas tareas de importancia.

—Fíjense ustedes — dice el señor Chanchín — cuánto se aprende al salir de la pocilga. ¿Querría usted, señor chivo, siquiera sea para enseñanza de estos pequeños, contarnos cómo es la vida en su pueblo?

—Con mucho gusto — responde el macho cabrío. — Han de saber ustedes que mi pueblo es el más alegre de la tierra. Allí se pasa el día en continua jarana y la diversión única son los porrazos, y a fuerza de porrazos todos los pumbanos tienen



las narices tan aplastadas que ya no son más que dos agujeros en la cara. Allí la gente come bananas todo el día y arroja las cáscaras en las aceras y calzadas, y también muchos pedazos de jabón.

—Las bananas son buenas — dice Chanchín relamiéndose. — Son un plato muy fino.

—Es necesario — prosigue diciendo el chivo — ser buen equilibrista para caminar por nuestro pueblo. Los pumbanos lo son y no sólo no resbalan, sino que aprovechan admirablemente las cáscaras y el jabón para recorrer cuadras enteras de una patinada. Salvan así muy ligero grandes distancias.

—Eso haremos nosotros también con mucho gusto — dice un chanchito.

—Lo malo es — agrega el chivo — que cuando sale alguien



de una casa y choca con el patinador el porrazo es terrible. Lejos de causar pena, el golpe es festejado con gran algazara de extremo a extremo del pueblo, y como lo mismo ocurre a cada rato, allí nadie está serio ni un minuto. Cierto es que los pumbanos caen con maestría, apoyados en la punta de los dedos de los pies y de las manos. Para completar la diversión, estamos nosotros, que topamos fuerte y a tiempo, como no topan chivos de ninguna otra parte. Nada más peligroso que detenerse a mirar una vidriera o a conversar con alguno, porque de repente viene un chivazo en frenética carrera, arremete contra el confiado y fatalmente lo voltea.

—¡Batea, papá! — chillan los chanchitos. — ¡Ha dicho batea!

—¡Silencio! — grita el padre. — Ha dicho lo voltea, que es muy distinto.

Y sigue diciendo el chivo:

—Quien dobla una esquina no se preocupa de lo que tiene por delante; lo que cuida y teme es lo que puede venirle por la espalda. Cada agente de policía lleva su chivo amaestrado, que con sus topadas hace que el preso marche derecho y rápido hacia la comisaría. Como en ¡Pumba! está prohibido andar de noche por las calles bastan unos cuantos chivos policiales para que la orden se cumpla. También nos emplean para disolver reuniones tumultuosas. En cuanto aparecen los chivos de la brigada policial los revoltosos huyen como si les echaran chorros de agua hirviente. Por supuesto, que en mi pueblo no entran vagos ni perros forasteros, pues nosotros los corremos y los topamos en tal forma que no les quedan ganas de volver. Nos emplean, además, para transportar a topadas por las calles barriles y bordelesas, para empujar un carro atascado, para derribar cercos y paredes inservibles.

—¿Y a qué se debe que topen con tanta fuerza? — pregunta la chancha madre.

—Debe ser — responde el chivo — porque comemos mucho jabón y muchas cáscaras de banana.

Al oír esto desaparece el encanto de la familia y el señor Chanchín dice:

—Nosotros a esas cosas no las llamamos comida.

—¿Cómo las llaman, entonces? — pregunta el chivo.

—Para nosotros — responde Chanchín — son porquerías.

—Pues yo estaba convencido — dice el chivo — de que ustedes eran las porquerías más repelentes de este mundo, y que por eso los llaman puercos, y porquerizas al asqueroso sitio donde viven.

—¡Poco a poco! — exclama Chanchín tartamudeando de cólera. — ¡Y haya respeto para la familia!



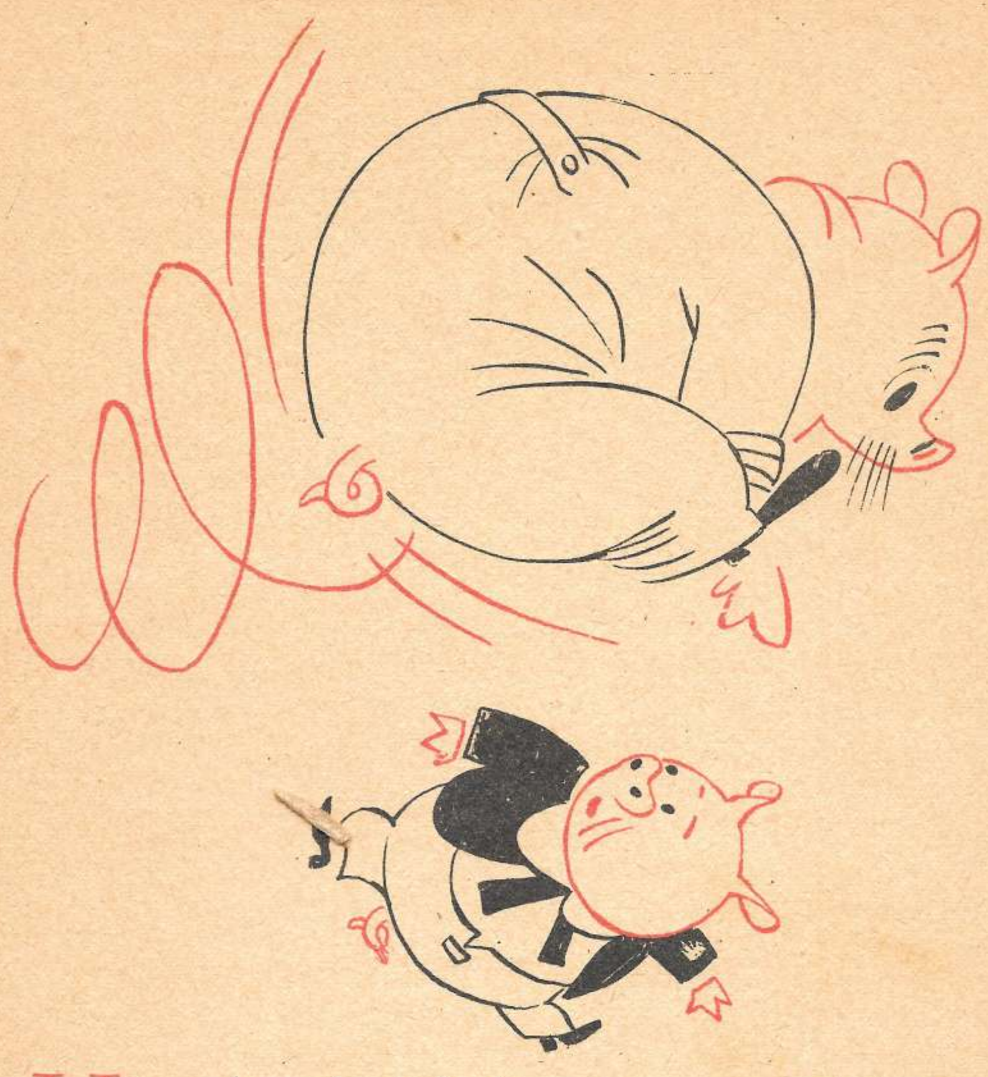
—¿Familia, dice usted?... — replica el chivo. — ¡Yo no veo aquí más que una perfecta cochinada!

—¡Retírese en seguida, mal cabrón! — grita Chanchín, ya ciego y ronco de ira. — ¡Váyase y llénese bien de esas basuras que para usted son manjares deliciosos!

Al oír esto agacha el chivo la cabeza y sin decir palabra ni darle tiempo al cerdo en fuga más que para darse vuelta, lo atropella y le aplica tal empellón en los jamones que lo lanza como un fardo a gran distancia.

Y en medio de los berridos de la familia, desaparece en vertiginosa carrera.





HAY un largo silencio. Levántase el marrano, resopla fuertemente, mira a todos muy serio, y dice:

—Mañana haremos fuego para cocinar lo que nos dé la gana. Lo peor es que para hacer fuego se necesitan palos; y, ¿de dónde sacarlos?

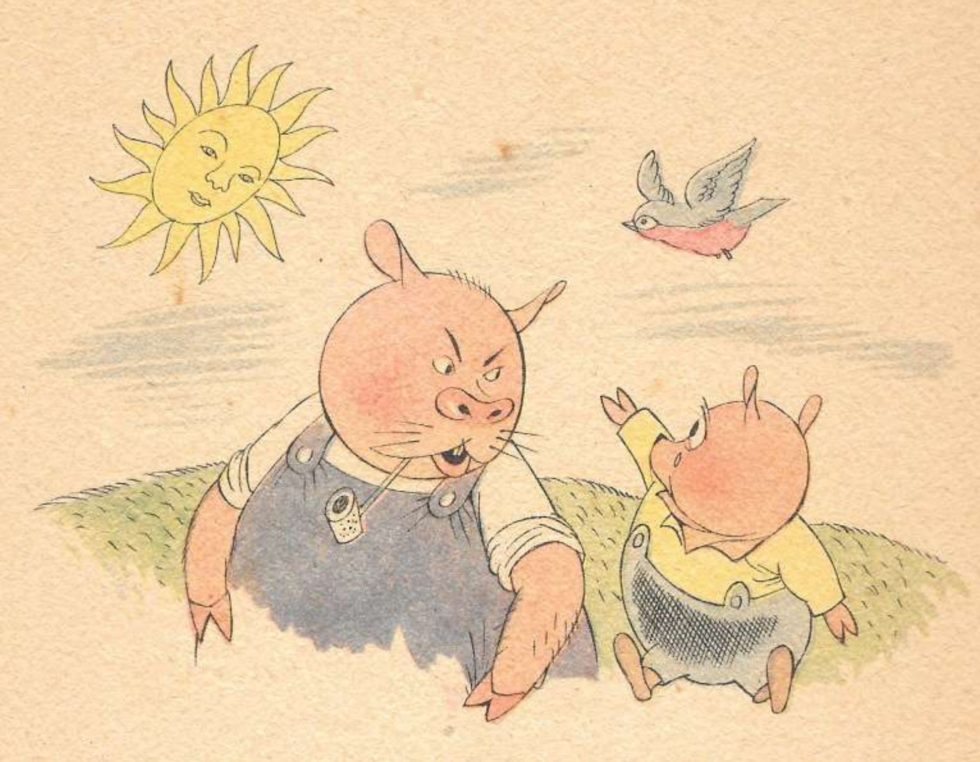
—Yo quiero jamón — grita uno de los chanchitos.

—Y yo tocino — añade otro.

—¿Dónde, dónde aprenden nuestros hijos semejantes palabrotas? — pregunta la Chanchín.

El chancho padre, para tranquilizar los ánimos, agrega:

—Primero haremos la huerta para sembrar de todo. Cria-



remos animalitos muy sabrosos. Nada nos faltará. Lo único difícil será encontrar palos para cercar la huerta, palos para techar la casa, palos para cocinar nuestra comida. Me vuelvo loco pensando de dónde sacar los palos.

SE allegan al arroyo y beben hasta hartarse.

Uno de los chanchitos pregunta:

—Papá, ¿qué es esto que brilla aquí? ¿Se puede comer?

—Es el sol — responde el señor Chanchín. — Viene de arriba y calienta.

—¿Y por qué no viene de abajo y lo comemos? — pregunta el mismo chanchito.

—Papá — dice otro, — ¿puedo ir a comer en la batea que está en el agua?

—No es una batea, hijo mío — responde el señor Chanchín; — es un bote. Podremos subir a él y dar un lindo paseo. Pero también para ello necesitamos palos que nos sirvan de remos.

—Papá — dice otro de los chicos, — cuando tengamos lechugas, me comeré la hojita más blanca y tierna de cada una.

—¡Pues, toma! — exclama Chanchín. — Para que no estropees la huerta. — Y le da un mordisco en la oreja.

—Yo no haré eso — asegura otro chanchito. — Yo, con una escopeta, saldré a cazar.

—¿Tú... con una escopeta?... — exclama asustada la madre. — ¿Oyes lo que dice este chiquillo?

—¡Toma! — grita Chanchín, dándole un mordisco. — Para que no hagas barbaridades con la escopeta y nos mates a todos.

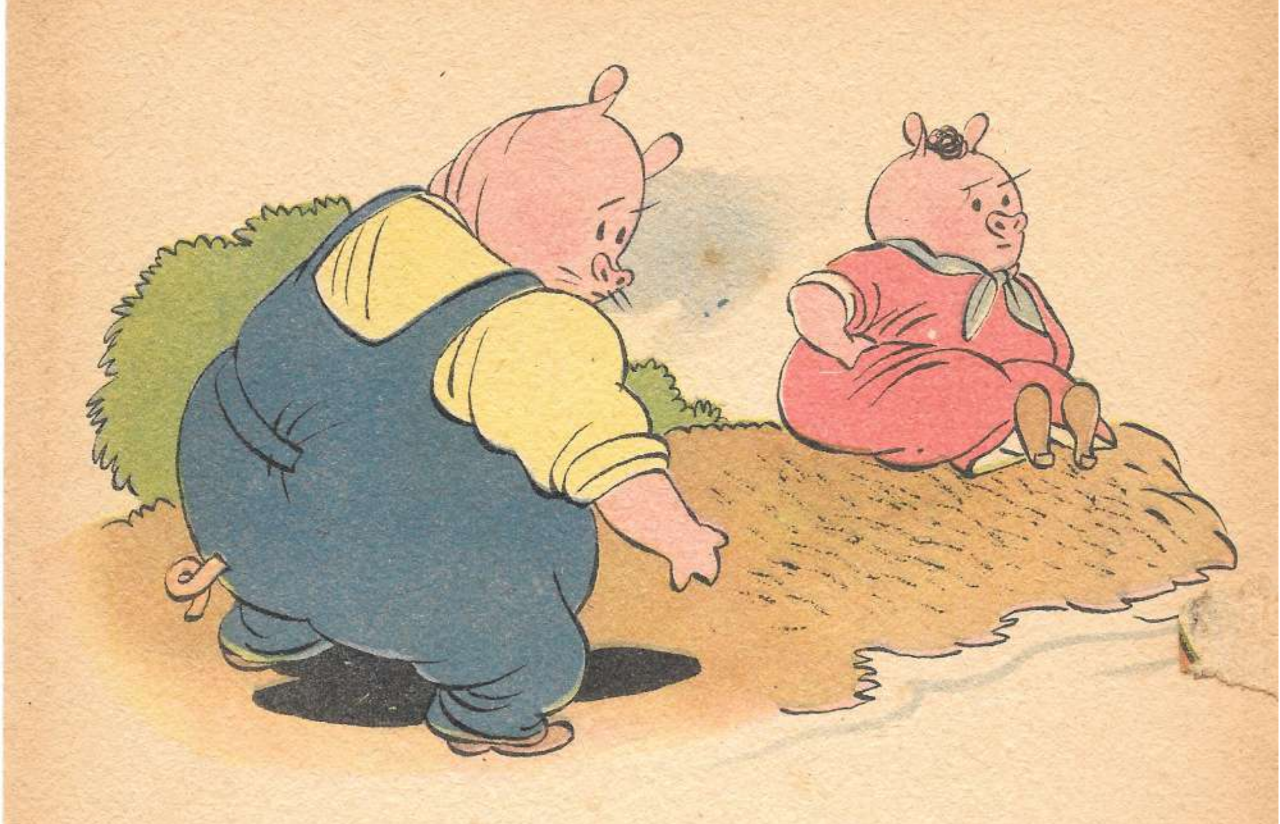
—Yo haré chorizos con la carne de las ovejas — afirma otro chanchito.

—¿Chorizos ha dicho?... ¡Es el colmo de la mala educación! — berrea indignado el padre.

—Ven aquí, Marranín — dice la madre afligida; — confiésame la verdad: ¿quién te enseñó esa mala palabra?

—¡Palos, palos y palos necesitamos con urgencia! — gruñe el señor Chanchín en el delirio del ayuno. — Para el bote, para hacernos la casa, para cocinar los alimentos, para cercar nuestra huerta... ¡Palos, palos, y todo estaría arreglado!





ACABA de decir esto, cuando ven que avanza hacia ellos el amo, con un gran palo en la mano.

—¡Adiós proyectos! — exclama temblando el cochino padre.

—¿Cómo? — alcanza a decirle la cochina. — ¿No decías tú que lo único que faltaba eran palos? ¡Verás que sobran!

El amo, en efecto, apenas tiene a la familia a su alcance, grita:

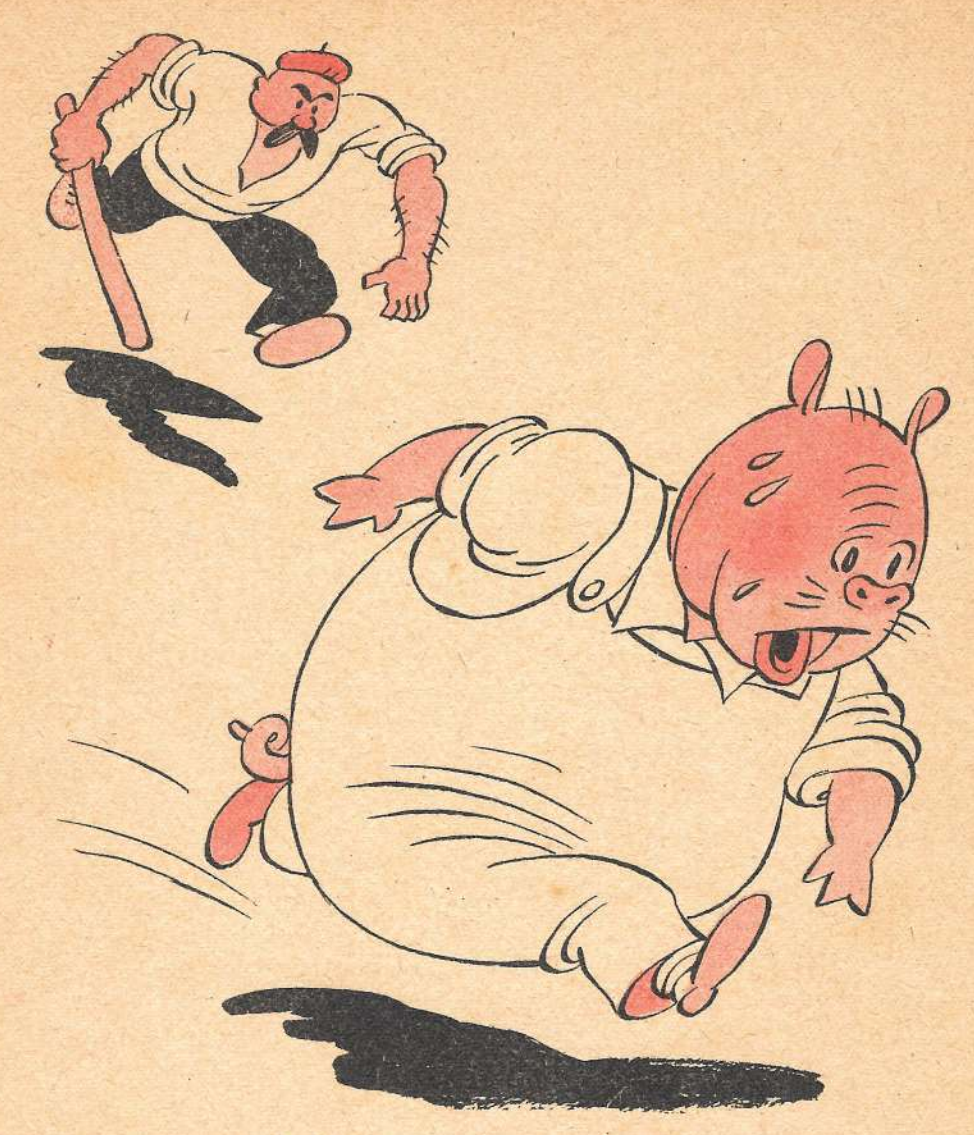
—¡Esta cochinada me la pagan!

Y les atiza a todos, sin mirar dónde caen, tan feroz lluvia de palos que la familia entera echa a correr, completamente enloquecida. Pero tanto como los chanchos corre el amo, que está irritado de veras, y al que se queda atrás le muele hasta los huesos, para perpetuo escarmiento.



—¡Todos adelante! — berrea el señor Chanchín, corriendo como un galgo.

—¡Palos pedías, palos tienes! — gruñe en la disparada la marrana. — ¡Detente ahora a recogerlos!



AL fin queda la familia nuevamente encerrada en la pocilga, cada cerdo grande y chico ardiendo por dentro y fuera con la fenomenal paliza recibida, mientras el señor Chanchín, como autor de la aventura, sufre por partida doble. Y sacude de rabia las orejas cada vez que los pícaros chanchitos lo miran maliciosamente de reojo.

Constancio C. Vigil

EL éxito de Constancio C. Vigil es excepcional. Y lo reconozco con toda sinceridad. Tal éxito rotundo proviene con certeza del estilo deliciosamente ingenuo del autor, estilo que en su totalidad puede considerarse perfecto. Si en sus admirables obras "Marta y Jorge", "Los Ratones Campesinos", "La Hormiguita Viajera", "La Familia Conejola", "La Reina de los Pájaros", etcétera, se coloca con tanta naturalidad al alcance de los niños, a quienes parece mecer con una canción de cuna, es porque ha conservado en su alma toda la frescura y esa maravillada admiración por la vida que caracterizan al niño hasta el momento en que la crisis de la adolescencia se la hace perder.

La obra de Vigil dedicada a las nuevas generaciones deriva por entero de esta idea fundamental y generosa: que es preciso, ciertamente, hacer del niño un hombre, mas sin olvidar jamás que el hombre debe conservar como tesoro precioso el espíritu de su infancia.

Francis de Miomandre.

Revista "Hommes et Mondes"
Marzo 1952 — París









CUENTOS DE CONSTANCIO C. VIGIL





1. Misia Pepa
2. Los Chanchín
3. El Mono Relojero
4. Muñequita
5. Los Ratones Campesinos
6. El Sombrerito
7. Tragapatos
8. Botón Tolón
9. La Hormiguita Viajera
10. El Manchado
11. La Dientuda
12. La Familia Conejola
13. La Reina de los Pájaros
14. Chicharrón
15. El Bosque Azul
16. Juan Pirincho
17. Los Enanitos Jardineros
18. Los Escarabajos y la Moneda de Oro
19. Cabeza de Fierro
20. El Imán de Teodorico
21. La Moneda Volvedora
22. El Casamiento de la Comadreja




"Millares de escritores se han esforzado a través de los siglos en conquistar el interés del niño, pero pocos, muy pocos han triunfado. Ello explica la popularidad de algunos famosos cuentos medioevales que impresionaron con el relato de los más feroces crímenes. Se diría que los padres jamás analizaron estos cuentos, pues los toleraban como alimento moral e intelectual de sus hijitos. Los cuentos de Vigil eliminaron tan funesta y perniciosa literatura, difunden conocimientos y virtudes de alto valor educacional y encantan a los niños, lo que explica su éxito cada vez más rotundo". — Bernardo H. Rodríguez.

LIBRO EDICION ARGENTINA